

—No habléis de ese hombre; causa rubor que se le haya colocado como antagonista al gobierno de Juárez; echad una mirada á su círculo y comprenderéis que esa forma de gobierno no puede vivir más.

—Yo desearía que lo eliminasen, estamos en guerra, y esa especie de administración es ridícula.

—Sí, es atroz llevar á un gobierno entre los bagajes de un ejército.

—¡Estoy desesperado! hemos perdido hoy á muchos de los jefes.

—Zaragoza ha tenido bajas muy considerables.

—Eso poco nos interesa, tiene á retaguardia á un ejército, mientras nosotros sólo contamos con algunos buques para regresar en medio de la vergüenza á las playas europeas.

—No hay remedio, Wask, Zaragoza es un gran general.

—Pero un solo hombre.

—Uno solo, amigo mío, su nombre es decisivo. Zaragoza es el ídolo de su ejército, á su vez mueren esos soldados, como los rusos, besando la estampa de San Nicolás.

Wask se quedó unos instantes meditabundo, después levantó el rostro con una irradiación del infierno, y dijo á Don Fernando.

—Caballero, yo tengo una deuda, y es preciso satisfacerla; adios!

Y azotando á su caballo árabe desapareció entre el silencio de las sombras y las rocas de la montaña.

Don Fernando lanzó una carcajada que llegó á los oídos del aventurero en alas del viento de la noche.

V.

A la mañana siguiente aparecieron en el campo de Barranca Seca dos secciones de observación, una francesa y otra mexicana.

Ambos generales mandaban ver si su adversario había levantado el campo.

Los republicanos recogieron á sus heridos y enterraron á sus muertos.

Poco después los franceses hicieron una fosa común y dieron sepultura á sus soldados, no encontrando ya las armas, que instantáneamente recogieron los guerrilleros.

Los soldados de la reacción quedaron insepultos, los franceses negaban hasta una tumba á sus aliados.



VI.

En una de las laderas del camino estaba un capitán republicano, bañado en sangre y con una herida que le dividía el rostro.

Acercóse el médico de la ambulancia, que era Felipe Cuevas.

—¡Demonio! á este hombre le conozco perfectamente.

Separó el cabello, limpió la sangre al herido y dió un grito de desesperación: aquel hombre era el capitán Pablo Martínez.

Luego que el herido se sintió refrescar con el agua, abrió los ojos y reconoció á Felipe Cuevas.

—¡Vive! exclamó el médico, y mandó ponerle en la camilla.

—Creo que es bien poco, dijo reconociéndole la herida, se trata nada más que de una cicatriz.

Curó á Pablo Martínez, que por la pérdida de la sangre se había desmayado.

Luego que llegaron al hospital, le dió alimento, y el bravo guerrillero pudo hablar.

—¡Malditos cazadores! en un tris me rebanan como una sandía.....

—¿Qué le ha pasado á usted, capitán?

—Nada, he perdido un pedazo de oreja, y conservaré toda mi vida este garabato como un recuerdo de la batalla de Barranca Seca.

CAPITULO III.

DE COMO SE PUEDEN ENCONTRAR DOS EXHALACIONES EN UN PUNTO DADO EN EL HORIZONTE.

I

El caballero Mons había dado hospitalidad á Manuel Mondongo, á quién se encontró cerca del campo de los franceses atravesado de una estocada.

El enfermo llevaba muchos días de alivio; hasta entonces su huésped no se había atrevido á preguntarle nada sobre el lance del 5 de Mayo.

Mondoñedo estaba profundamente triste, algo pasaba por el corazón del estudiante que lo hundía en ese vago rumor de la melancolía que lo agotaba.

La imagen de Doña Blanca se iba disipando en ese fondo oscuro del horizonte, y comenzaba á desaparecer de la memoria de Mondoñedo.

Ese olvido, precursor de una nueva ilusión, inquietaba al estudiante, porque le tenía miedo al ímpetu del corazón.

El joven no se quería dar cuenta de su situación: tenía miedo de preguntarse lo que pasaba por su alma.

La pasión terrible que había concebido por la Montemolin, la consideraba como una erupción de su espíritu; pero que se apagaba lentamente bajo las cenizas de los desengaños.

La pureza con que había amado aquella mujer, el ardor inmenso de su cariño, la adoración profunda guardaba á un ser que se revelaba deforme ante su vida, trocó ese mundo de ilusiones en un abismo sin fondo de desprecio y olvido.

Mondoñedo pasaba de improviso de un gran centro de luz á una atmósfera opaca y llena de sombras.

Ardía en su alma la última antorcha, pero el dios había desaparecido de las aras, el altar quedaba desierto.

Comenzó por sentir horror hacia una mujer que le había ocultado su nombre, que tomando la máscara impenetrado de la hipocresía, bajo el generoso aspecto de la amistad, le había lanzado al ridículo más terrible.

Vió imposible su cariño, descubrió la trama grotesca de unos amores pérfidos, alimentados en el silencio y reserva del anónimo, y la venda cayó á sus pies.

El ángel dejaba las alas para convertirse en una mujer.

El joven que no había amado nunca y veía secas y marchitas sus primeras ilusiones, lloró sobre aquellas hojas arrancadas por el huracán de la adversidad, y sin volver el rostro, con la sombra en el pensamiento, y la mano oprimiendo el corazón, huyó del fatalismo de sus amores y llamó á la venganza para satisfacer su encono.

La desgracia iba sobre sus huellas; quiso sangre, la pidió al destino, y el destino le abrió el pecho para satisfacerlo.

Velados sus párpados por el vértigo, sintió cómo se alejaba su aborrecido rival, sin poder ahogarlo con ese torrente de sangre que salía de su herida abierta.

Cuando la vida tornó á enseñorearse de sus sentidos, una rara metamorfosis se había operado como una reacción en el alma de Mondoñedo.

Recordó vagamente cuando había pasado, la provocación á Don Fernando, la impresión de la hoja helada del ace-

ro al romper su costado, y aquella especie de agonía que le acometió hasta entrar en las tinieblas del vértigo.

Aquella sangría acaso era necesaria, porque el joven entró en una calma bienhechora, en ese apetecido reposo del espíritu después de una prolongada tempestad de tribulaciones.

Aquella calma era precursora de una tormenta acaso más terrible.

A la cabecera de su lecho velaba una mujer, como el ángel de la existencia; su acento era sonoro, su aliento perfumado, su mirada lánguida y apacible, su actitud serena y melancólica.

El joven la tomó como aparición del cielo, como uno de esos ángeles proscritos que llegan á la hora del infortunio para enjugar las lágrimas del desgraciado.

Aquella mujer era un mundo de esperanzas, no había rayos de coraje en sus miradas, ni sonrisas de desdén en sus labios, ni su seno se agitaba como la superficie del océano, á los embates de la tempestad.

Aquella mujer tenía un nombre todo suyo, se llamaba Eloísa.

II.

Mondoñedo estaba en el sopor de su sueño de imágenes y apariciones, cuando la delicada mano de la señorita Mons tocó la frente del estudiante.

Parecióle que las frescas rosas del paraíso habían rozado su semblante mudo y decaído.

Abrió los ojos y los fijó en el hermoso rostro de Eloísa.

—¿Duerme usted? preguntó la joven con un acento de armonía celestial.

Mondoñedo se incorporó y respondió con voz trémula á la señorita Mons:

—No, me es imposible dormir: vivo en un crepúsculo de sopor que llega al letargo.

—¿Y cómo sigue usted de la herida?

—Muy pocas veces me recuerda su existencia el dolor.

—¿Tiene usted alguna queja de las personas que lo rodean?

—No, Eloísa, estoy satisfecho; pero deseara que me dajaran morir.

—¿Usted morir?

—Sí, yo, que soy tan desgraciado.

—Hable usted, amigo mío; deposite en el corazón de una amiga el secreto de sus sufrimientos.

—Ay, Eloísa, el día que saliera de mi corazón un solo sus-

piro que revelase mis sentimientos, causaría la desesperación de quien los sorprendiese.

La señorita Mons guardó silencio, y sus ojos se fijaron en la pálida faz del estudiante.

—Usted también sufre, ¿no es verdad? dijo éste.

—Sí, Mondoñedo; yo he luchado por arrancar de mi alma el amor de ese hombre, á quien debo aborrecer.

—Sí, porque no es digno de llegar hasta usted, que es un ángel de virtud; usted merece un cariño sin límites, pero desinteresado, lleno de ilusión y cubierto con el celaje de oro de las esperanzas, un amor que sólo se desprende del espíritu cuando la sombra de Dios está sobre el alma, cuando el corazón armoniza con el cielo y el hombre vuelve á ser ángel para ceder su corazón y su pensamiento confundidos en una llama encendida por la mirada de Dios; porque el amor de la tierra es una ofrenda miserable delante del cariño inmortal de una mujer.....¡Sí! Eloísa, alzar en el santuario del corazón un altar, evocar ese espíritu gigante del amor, cuyas alas cubren el firmamento, y decirle á una mujer: me arrodillo delante de tí, porque te adoro, mis lágrimas se alzarán en un vapor de cariño hacia tí, que eres digna de posarte en el centro de mi alma para tocar el cielo con la frente.....!

—Pero ese amor es imposible, exclamó Eloísa, cubriéndose el rostro con las manos.

—No, no es imposible, dijo exaltado Mondoñedo; las flores de la tierra tienen un perfume, como el alma sus exhalaciones; hay en el fondo del corazón un horizonte inmenso para las ilusiones, una bóveda cruzada por meteoros de fuego que se encienden á la vista del ser á quien se idolatra, y en medio de ese mundo irrealizable que se siente en el fondo del pecho alumbrado por los fulgores del espíritu, el cuerpo desfallece y nuestra vista se torna lánguida, impregnada de pasión, y nuestro acento trasmite ese grito arrancado del fondo del corazón que dice á la mujer de nuestras esperanzas: ¡misericordia, porque te amo!.....

Mondoñedo tomó una mano de Eloísa, y la oprimió contra su pecho palpitante.

La señorita Mons la retiró suavemente.

—¡Oh! sí, dijo con el llanto sobre las pupilas; así había soñado con ese amor que acaba de desaparecer!

—¡Siempre ese hombre.....! gritó Mondoñedo arrancando las ligaduras de su herida.

—¡Sangre.....! ¡Sangre.....! exclamó Eloísa: ¡Socorro!... ¡socorro!.....

III.

La señorita Mons salió aterrorizada del cuarto del estudiante, pidiendo á voces socorro.

En aquel momento Felipe Cuevas entró demudado, creyendo en una desgracia.

—Entre usted, caballero, entre usted; ese joven se ha desgarrado la herida.

El amigo de Mondoñedo se precipitó en el aposento para dar auxilio al estudiante.

—¡Dios mío! exclamó Eloísa luego que se encontró sola, ese hombre me ama y le voy á hacer muy desgraciado.....yo no puedo amar, mi corazón se ha cerrado para siempre, mis ilusiones han muerto.....no, no han muerto todavía, la imagen de ese hombre está siempre delante de mis ojos, y su acento resuena en el fondo de mi alma.....yo le perdono todo el mal que me ha hecho, todas las lágrimas que he derramado; pero que vuelva, lo quiero ver, quiero estar á su lado, hablarle, decirle que le amo!.....No, no, que huya, ya tengo el resentimiento en el corazón, le detesto, su recuerdo me es importuno.....lejos, lejos de aquí!.....

El señor Mons se dejó oír en la antesala dando algunas órdenes á su mayordomo.

Eloísa se repuso, sacudió su frente para alejar la nube de tristeza que oscurecía su semblante, y llamó en su auxilio una sonrisa.

—Hija mía, dijo el caballero Mons, dentro de breves instantes tendremos en casa á la señorita Amalia Brown, á quien me recomienda un amigo muy distinguido de Inglaterra.

—¿Viene de Europa la señorita Brown?

—No, de México, donde ha permanecido algunos meses; ya va de regreso á la Gran Bretaña, pasará con nosotros esta época de crisis, mientras se ve la determinación que toman los invasores.

—Ya sabes, padre mío, que tengo especial gusto en cuanto tú manifiestes empeño.

El señor Mons se acercó á su hija, la sentó sobre sus rodillas, y besándole la frente, la dijo:

—¿Y para quién vivo yo si no es para Eloísa? ¿por quién amo la existencia?.....Vamos, estréchate á mi corazón!

Eloísa escondió el rostro en el seno de su padre, y no pudiendo contener el llanto, comenzó á sollozar, bñando con sus lágrimas las manos del autor de sus días.

—¿Y para esto te acercas á mí? estoy por reñirte; vamos,

estoy empeñado en tranquilizarte y lo conseguiré; dentro de algunos meses nos marcharemos á Europa, ya sabes que eres rica, muy rica, tomaremos un palco en el gran teatro del mundo, nos radicaremos en París, ¡oh! entonces sí que me vas á hacer que te lleve á todas partes, y te llevaré; no faltaba más! é irá el viejo con su hija enseñándole como una muestra de belleza; porque tú eres muy hermosa: mira, Eloísa, parece que tu buena madre te dejó por herencia sus ojos y su frente; te le pareces como una gota de agua á otra gota.

Eloísa se enjugó las lágrimas y comenzó á hacer caricias al señor Mons, que se manifestaba ufano con el amor inmenso de su hija.

Cuando el pobre viejo se encontraba solo, entonces dabiéndole á sus pesares, le dolía el corazón al ver los padecimientos de Eloísa; porque el señor Mons amaba tiernamente á aquella criatura.

Recordaba el lance del casamiento, y á pesar de su buena índole, sentía encenderse el rostro de vergüenza, y alentaba un coraje terrible, y juraba vengarse de aquel mal caballero.

VI.

Oyóse el ruido de un carruaje que penetraba en el interior de la casa.

Eloísa y el señor Mons salieron á recibir á la viajera.

Doña Blanca de Montemolin parecía más hermosa con esa agitación terrible de su espíritu.

Bajó del carruaje, se presentó en la antesala, donde la esperaba la familia Mons.

—Señorita, dijo el caballero tendiéndole la mano, ya esperaba este honor, y confieso que estaba impaciente.

—Señor Mons, yo me siento honrada con una preferencia debida solamente á la exquisita galantería de usted.

—Tengo el gusto, dijo el caballero de presentarle á mi hija Eloísa.

—Doña Blanca se levantó el velo del sombrero y aquellas dos mujeres se contemplaron de hito en hito por algunos instantes, un relámpago cruzó por aquella mirada, y sin saber qué hacían se acercaron simultáneamente, sus labios se tocaron, y se escuchó el eco de un beso.

La chispa eléctrica del odio se desprendió de aquellos labios encantadores.

Eloísa sintió una repulsión desconocida hacia una mujer tan simpática y hermosa.

Doña Blanca ya sabía quién era Eloísa, pero no la conocía.

Al ver la belleza seductora de la joven, sintió el huracán espantoso de los celos; hasta entonces no comprendió lo que era esa pasión desesperada, creyó que Don Fernando podía amar á la señorita Mons; porque nadie sabe valorizar los encantos de una mujer, como su rival, aunque no lo confiese.

Doña Blanca se sintió ufana de haber separado á su amante de aquella mujer tan peligrosa por su hermosura.

Sabía que Don Fernando se hallaba en el campo de los aliados y de ninguna manera podría pisar los umbrales de la casa; además, si el atrevimiento y la audacia inconcebible de Don Fernando lo llevaba hasta el grado de comprometer su vida en esa empresa, se encontraría con ella, y este accidente tornaría á romper las bodas de la señorita Mons.

Disimuló, como saben disimular las mujeres, prodigó alabanzas exageradas á Eloísa, que despreciando el primer aviso del corazón, se sintió influenciada por la voz de sirena de Doña Blanca y le dispensó todo el favor de su cariño.

La mirada, ese primer rayo magnético que se cruzan entre dos seres, determina del porvenir.

Esas simpatías forzadas á las que arrastra un trato continuo, no pueden ser duraderas; la primera impresión es el salido del alma.

La antipatía es la repulsión de lo que debe dañarnos alguna vez, el corazón sabe más que nosotros.

La Montemolin se propuso arrancar á Eloísa el secreto de sus amores, convencerse de que sus relaciones no se habían reanudado, y ver en aquel claro espejo del alma; si aun permanecía la visión reflejándose con el iris de un intenso cariño.

Doña Blanca tenía en su mano los hilos de su amor y de sus ambiciones; mujer, estaba empeñada en salir triunfante en el duelo de su alma; ser político, quería llevar adelante sus proyectos de ambición y engrandecimiento.

Doña Blanca estaba sobre una hoguera próxima á encenderse.

Había hecho una mezcla de estos dos sentimientos que acabarían por trastornarla.

Tan pronto pensaba en batallas y oía el ruido de los cañones, y veía las banderas sacudidas por la metralla, y á los combatientes entre las nubes del humo y de la polvareda; como escuchaba la voz sonora de su amante, y comenzaba á soñar en un edén apacible de melancólica felicidad.

Entonces se olvidaba de su ambición para entregarse á las ilusiones bellísimas de aquel paraíso de calma, poblado de ángeles y de celajes.

Se necesita una constitución de hierro para soportar los terribles accesos que acometían á aquel espíritu combatido por tan grandes contrariedades.

El color de la rosa había desaparecido de sus mejillas, pero

el brillo encantador de la azucena le había reemplazado con ventaja.

Sus ojos se habían tornado en lánguidos, y sus pupilas resplandecían con un fulgor calenturiento, tomando el brillo de las estrellas al amanecer.

Sólo sus labios conservaban el carmín purísimo de la juventud, que dejaba entrever en una sonrisa melancólica el alabastro bruñido de aquella dentadura encantadora.

Aquel semblante tenía el descolorido de las Dolorosas del Ticiano.

Aquella magnífica cabeza tenía por fondo una cabellera que caía en mil rizos sobre la espalda.

Doña Blanca de Montemolín parecía la heroína de una tragedia.

Hay una atmósfera de prestigio y suprestición en torno de ciertos seres á quienes el destino les imprime su sello en el camino de la fatalidad.

V.

Doña Blanca quedó instalada en la casa del señor Mons, y Manzanedo que la acompañaba en calidad de mayordomo ó ayuda de cámara.

Al día siguiente supo la de Montemolín, merced á la denuncia de uno de sus agentes introducido en las cámaras de palacio, que el general González Ortega emprendía una marcha violenta por el camino de Maltrata, para tomar la retaguardia de los franceses y caer á la hora en que el ejército de Zaragoza atacase la garita de Orizaba.

—Corremos un gran peligro Manzanedo, las fuerzas republicanas van á destrozar por completo á Laurencez.

—¿Qué es lo que pasa, señora?

—Que si los franceses no se ponen al tanto de los movimientos del general Ortega, la derrota es inevitable.

—¿Y qué hacer?

—Marcha al momento al campamento de Laurencez.

—Imposible! los caminos están obstruidos por el ejército y las veredas por los guerrilleros.

—No hay remedio es necesario avisar aunque se juegue la existencia.

Manzanedo estaba acostumbrado á obedecer ciegamente á la condesa, y doña Blanca no toleraba contradicciones.

—Estoy á vuestras órdenes, señora.

—No puedo darte instrucciones por escrito esto te comprometería terriblemente.

—He jurado al conde de Morella seros fiel hasta la muerte y no retrocederé ante ningún peligro.

—Parte ahora mismo. atraviesa por el ejército para no hacerte sospechoso, y avanza hasta Orizaba.

—Bien, señora.

—Dí al general Laurencez, que las fuerzas de Ortega, en número de seis mil hombres, llegarán al cerro del *Borrego* luego que Zaragoza esté al frente de la plaza.

Manzanedo comprendió el peligro que corría la expedición francesa.

—Ese cerro está allende las primeras fortificaciones, y la ciudad está tomada si el plan de Zaragoza se realiza.

—Es necesario confesar que el general en jefe es todo un soldado.

—Sí, yo tiemblo ante la determinación de ese hombre que es un genio.

—¿Y no sabeis, señora, pormenores sobre el ejército del general González Ortega?

—Esa tropa, Manzanedo, está familiarizada con los combates y sabe pelear como el resto del ejército.

—Los franceses, dijo Doña Blanca, pueden resistir tras de los parapetos, prolongar un sitio mientras llegan los refuerzos; pero ante una sorpresa quedarían vencidos.

—Todos nuestros planes están al fracasar.

—La fortuna ha puesto en mis manos el secreto de la próxima batalla, y podemos levantar el espíritu de la intervención.

Manzanedo movió la cabeza como dudando de las palabras de doña Blanca.

Alzóse la condesa como si aquella desconfianza hiriese sus esperanzas, y dijo con voz vibrante al secretario:

—Ya estoy cansada de luchar con una alma cobarde y desmoralizada; tu aspecto, tus retisencias, tus palabras, todo me contraría, no tengo donde volver la cara, mi ímpetu se estrella contra el hielo de un cerebro superticioso y pusilítime.

—Señora, el interés que tengo por V. A. me ha hecho desconfiado; veo á la hija de Don Carlos Luis de Borbón á una distancia inmensa del suelo patrio, y luchando en medio de una tempestad espantosa, y me acobardo ante el peligro por su existencia; no es el interés privado, es el cariño inmenso á mi señora, es la responsabilidad que pesa sobre mí durante esta crisis por que atravesamos; mandadme que me sacrifique, que me muera si es posible, y me encontraréis pronto.

—Acaso haya vertido algo que pueda lastimarte, perdóname.

La condesa tendió la mano que Manzanedo llevó con respeto á sus labios.

—Marcharé á Orizaba y avisaré al general Laurencez del peligro que está amenazando á su ejército

—Manzanedo, ya sabes que puedes disponer del oro que necesitas para abrirte camino hasta Orizaba.

—Voy prevenido á todas las eventualidades.

—Adios, Manzanedo.

—El vele por vos, señora.

—Recuerda que quedo enteramente sola y que tu existencia me es necesaria.

—Rogad al cielo que me saque adelante de la empresa que me encomendásteis.

—Adios.

A la media hora salió de uno de los mesones un jinete seguido de un criado y dos caballos de mano por el camino de Oriente.

Luego que el jinete se vió fuera de garita, dijo á su acompañante:

—Necesitamos amanecer muy distantes de la ciudad; y azotando furiosamente á los caballos se perdieron entre las sombras que cubrían la carretera de Amozoc.

CAPITULO IV.

DE LA MANERA POLÍTICA CON QUE EL CAPITAN MARTINEZ
TRATA Á UN
PRISIONERO DE GUERRA.

I.

La familia de Don Luis Aguilar se había encargado de la curación del capitán Martínez, prohibiéndole á Isabel estar á la hora en que los estu liantes hacían la visita facultativa, porque Pablo Martínez decía horrores, que era fácil el que la joven aprendiese algo más de lo que sabía.

Don Luis, que mortificó hasta reventar á su hijo Guilebaldo, fingiendo casarlo con doña Juliana, consintió al fin en las bodas con la Torre-Mellada, á cuyo efecto escribió á su hijo que abandonara el rancho y viniese á Puebla para celebrar el matrimonio.

Isabel estaba querida de la suegra, cosa increíble y que nuestros lectores van á tomar como una exageración ó como un fenómeno rarísimo.

La hija del inválido, á pesar de su situación de novia, coqueteaba con Santiago González que la galanteaba por *costumbre*.

Felipe Cuevas se hacía el desdenoso, diciendo que él no se casaría nunca con una mujer que no hubiese estado en Nueva York.

Recordarán nuestros lectores que Manolo Balboa había caído prisionero en la batalla del 5 de Mayo; González lo declaró *suvo* desde aquel momento, y pidió al general Zaragoza permiso para llevarlo á su alojamiento.

Zaragoza no contestó, y como el que calla otorga, Manolo fué consignado á cuidar al capitán Martínez, y el gracioso andaluz estaba en la casa de los Aguilar.

Santiago González le había devuelto su equipaje con la cruz de Africa, después de haber hecho gestiones infructuosas de venta.

Manolo roncaba como un lirón toda la noche y parte del día; pero Pablo Martínez había inventado una manera muy sencilla de despertarle. Manolo se ataba un cordel al pié, y cuando al capitán se le ofrecía, tiraba con toda su fuerza hasta despertar á Manolo.

Hubo vez que Martínez arrastrara por la alcoba al andaluz sin que este despertase, por lo cual proyectó ponerle el cordel al cuello.

Manolo despertaba *emocionado*, y por precisión hacía alguna diablura.

Hubo noche que estuviera poniendo defensivos con la bebida á Pablo Martínez.

Cuando el capitán se rendía al sueño, el andaluz registraba el equipaje del capitán, sacaba la camisa más almidonada y la corbata más bonita, y sin más ni más se la plantaba.

Al siguiente día observaba Martínez el lujo del asistente y reconocía sus prendas, que por ser pocas no se escapaban á la prespicacia del enfermo.

—Manolo, me vas á dejar desnudo.

—Mi capitán, me he prestado la camisa por quince días.

—¿Y la corbata?

—Esa nada más por un mes.

—¿Y mis botas?

—Esas sí que ya puede usted disponer de ellas, porque ayer se me salieron los dedos y cayó el tacon de la derecha.

¡Maldito seas tú y tu casta, Manolo!

—No es para tanto, cuando regrese á Cádiz yo enviaré á usted unos botines de mi señor padre, que apenas los usa desde el año cincuenta y ocho.

El prisionero había caído en gracia y se le pasaba cuanto hacía.

Manolo asentó sus reales en la cocina y era el ídolo de la colonia femenil.

Inventó hacer *gazpacho*, platillo ultra-detestable (salvo la opinión de los andaluces,) tomó todo el pan duro que encontró en la casa, lo mezcló con ajos y gitomate y vinagre, haciendo un infernal brebaje capaz de horrorizar al ejército francés.

Cuando creyó Manolo presentar un obsequio al capitán Martínez, éste tomó el plato, y con todo y *gazpacho* se lo puso por sombrero al andaluz.

—¡Toma! le dijo, yo te enseñaré á burlarte de mí.

Manolo protestó contra aquel acto de barbarie y devoró sin invitar á nadie el resto del guisote, recuerdo del suelo patrio.

II.

Guilebaldo Aguilar sintió un vértigo al recibir la carta de su padre en que le anunciaba que consentía en su casamiento con Isabel.

Encomendó al mayordomo los trabajos del campo, y ensillando su trotón, se encaminó á Puebla ligero como un relámpago, es decir, como un relámpago que dura cuatro días en el horizonte.

Llegó á su casa como el hijo pródigo, y sin decir oste ni moste se echó á los pies de su padre, que dió un grito terrible.

—¡Oh ternura peternal! exclamó Guilebaldo.

—¡Qué ternura ni qué demonios! has puesto tu rodilla sobre mi pié y me lo has desecho.

—Perdóneme usted, padre mío, pero soy hombre de arrebatos.

—Gana me da arrebatarte á trancazos, murmuró el señor Aguilar; vamos, saluda á la madre y no vayas á romperle algo.

Guilebaldo fué en pos de la señora y la dió tan fuerte abrazo que á poco andar la desclavija.

Isabel estaba presente y saludó con estremada coquetería al mancebo, que trataba de lanzarse sobre ella, haciendo una segunda edición del abrazo materno.

—Guilebaldo, hijo mío, dijo la señora con infinita dulzura, no seas tan bruto, esta niña es una criatura delicada y la puedes matar con una caricia.

—Pierda usted cuidado, ya tomaré más cuidado.

—Ya sabes que pronto debe verificarse tu enlace con Isabelita.

—¿Y no se pudiera hacer la víspera?

—Guilebaldo, eres un podenco.

Es cierto, para qué es negarlo; pero yo no quisiera dilaciones: esta casa está llena de gente sospechosa y tengo miedo de que soplen á la novia.

—Hijo mío, eres más estúpido que un marrajo.

—Puede ser; pero ya usted ve, me querían casar con el monstruo de Doña Juliana, y no vaya á antojársele á esa abuela tomarle la palabra á mi padre.

—Vamos, tú vienes lleno de alarma.

Manolo Balboa, que había escuchado la conversación, dijo para sus adentros:

—Este señor sí me ayudará á comer *gazpacho*.

—Isabelita, prosiguió Guilebaldo dirigiéndose á la novia, ya le he apartado á usted un regalo muy bueno, y espero que no me correrá un desaire.

—Yo todo lo acepto con mucho gusto.

—¿Y qué le has apartado á Isabelita?

—Toma, ¿pues qué ha de ser? dos burras americanas en estado intente.....

—¡Calla! gritó la señora; eres más burro que las burras.

—Ya lo creo, como que soy masculino.

—Si continúas diciendo barbaridades, se arrepiente la novia y creo que no hará cosa mejor.

—No lo crea usted, señora; comprendo la buena fé de Guilebaldo, y todo lo excusa en gracia de su amor, que es verdadero.

—¡Eso, eso es! gritó el novio; así me gusta, Isabelita me comprende, sobre que soy fiel como un perro.

—Propiamente, murmuró Manolo.

—Pues ahora, dijo la señora, por delicadeza puedes irte á un mesón.

—¿Y qué tienen que ver los mesones con la delicadeza?

—Que mientras esta niña no sea tu esposa, no debes vivir en esta casa.

—¿Y cómo vive tanta gente con ser que no son hijos de mi madre?

—En fin, no discutamos; te marchas ahora y vienes como de visita.

—¿Y me visito yo á mí mismo?

—No Guilebaldo, dijo Isabel; usted viene á visitar á su novia, que lo recibirá con mucho gusto.

—Cuando habla Isabel sí que la entiendo; voyme al mesón y Dios dirá.

Guilebaldo tomó con mucho tiento la mano de Isabel, y después dijo á la señora:

—¿No es verdad que es más linda que el lucero de la mañana?

—Sí hombre, lárgate.

—Adiós, y hasta dentro de un rato que venga de visita.

III.

Manolo Balboa salió del aposento, y dirigiéndose á la calle con la mayor precaución posible, tomó rumbo á la plazuela de San José, y se encaminó hacia el cerro de Loreto.

A la media hora llegó un coche, y dentro una señora cubierta con el espeso velo de la mantilla.

El andaluz abrió la portezuela y la dama bajó violentamente, se apoyó en el brazo de Manolo, y separándose de la calzada que lleva al puente tomó una pequeña vereda de la falda del cerro.

—¿Que has averiguado, Balboa? dijo la dama.

—Señora, tengo una noticia que comunicaros de mucha importancia.

—Habla.

—Llegó esta mañana un oficial del campo de Zaragoza y se puso á hablar con mucho misterio con un capitán guerrillero; yo me acerqué á ponerle unos defensivos para ver si percibía algo de lo que hablaban.

—¿Y no recogiste alguna palabra?

—Creo haber adivinado lo todo.

La dama se quedó reflexionando un instante como quien recuerda algún dato, para reunirlo á lo que sospecha va á saber, creyendo que tiene relación,

—Decía señora, que luego que el oficial cesó de hablar, el capitán Martínez tomó el vaso de la bebida y lo estrelló contra el suelo gritando; "¡aquí hay gato encerrado, nos traicionan!" yo me asusté porque me creí apostrofado; después añadió: "¡vea usted que dormirse al frente del enemigo es una cosa peregrina! pero ya se ve, el cansancio, la travesía endiablada de ese infernal camino es capaz de agotar las fuerzas del gigante Goliat."

—No obstante, contestó el oficial, tenemos fé en el general y la retirada nada importa.

La dama se estremeció al oír esa palabra.

—*¡Retirada!* murmuró con acento concentrado.

—Es decir, claro que se retiran, continuó el andaluz; lo dijo el mismo jefe que avisó de la marcha sobre el *Borrego*.

—Esta salvado Laurencez, pensó la dama; pero esta noti-

cia necesita confirmación, aunque nada de lo que este hombre me ha dicho ha salido falso.

—Yo creo, dijo Manolo, que ha habido un descalabro y fuerte.

—Zaragoza es temible, dijo para sí la dama, le tengo miedo á sus retiradas, el movimiento retrógrado de las cumbres precedió á la victoria del 5 de Mayo: cada ráfaga de luz puede ser el relámpago que anuncie el rayo; no obstante, donde Laurencez tome aliento, puede aplazar su derrota, en el interin, llegarán los esfuerzos que encontrarán en sus posiciones al ejército francés; perder Orizaba sería tanto como descender de la mesa central y volver al día en que se firmaron los tratados de la Soledad.

La dama tenía razón: si los franceses eran batidos; las fuerzas republicanas se apoderarían de las cumbres del Chiquihuite y los franceses se encontrarían en la posición que Saligny había esquivado consumando la horrible traición de Orizaba.

—Creo que todo va bien, dijo el andaluz, yo continúo con mi papel de tonto, y seguiré siendo útil á mi generosa protectora

La dama le alargó un bolsillo con oro.

—Si ocurre hoy alguna novedad, busca en este mismo sitio á alguna persona, que ella te saldrá al encuentro.

—Adiós, señora.

IV.

El andaluz metió en una bolsa de tabaco el bolsillo, después de contar las monedas y regocijarse con aquel tesoro inesperado.

Doña Blanca tenía multitud de agentes, y se fiaba más en los de baja estofa, porque son raras la veces en que se repara en ellos y tienen más facilidad de sorprender los secretos; dígalo la crónica diaria de las familias sacada á plaza por la servidumbre.

Manolo Balboa substituía á Mondoñedo, pero bajo distinta faz; al andaluz se le había prohibido gastar el dinero, y por su parte no hacía gran sacrificio, puesto que trataba de volver á su país hecho un Creso.

El zocarrón del andaluz era un buen espía, dotado de una capacidad rara en su especie, la sagacidad más grande le distinguía, su habilidad se manifestaba en ocultarse á los ojos de los otros bajo las apariencias de un bonachón lleno de necedades y majaderías.

Manolo regresó á la casa de Aguilar, donde el capitán Martínez lo recibió enviándole encima cuantas botellas tuvo á la mano.

—¡Qué granizada! exclamaba el andaluz; vamos, que me va usted á romper la tapa de los desatinos.

—¿Dónde has pasado tres horas?

—¡Quia! si apenas he dado una vuelta por la Alameda.

—¿Y quién te dió permiso?

—¡Quien había de ser! yo que me mando solítico.

—Este bribón necesita que yo le dé su merecido, pensó el capitán, y suavizando la voz, dijo á Balboa.

—Has hecho muy bien, hijo mío; con esta maldita enfermedad, estoy bilioso y te riño sin razón alguna; vamos, ponme un defensivo en el brazo, que esta maldita inflamación no quiere ceder.

El andaluz se acercó incautamente al hecho de Pablo Martínez, diciéndole:

—Vaya, lo curaré á usted, esa es mi perra obligación.

El capitán, luego que tuvo cerca á Manolo, se le arrojó como un mastín, y tomándolo por las orejas, lo comenzó á sacudir de lo lindo.

—¡Ea! ¡dejarme! ¡huy! ¡ea! se me arrancan los atriles de la cara..... ¡vea usted que me desoreja! tíreme usted de otra cualquiera cosa que no sea tan historiada..... ¡cá!.....

Al ruido acudió Santiago González, que conversaba con el señor Aguilar sobre el casamiento de Guilebaldo.

—¿Qué diablos sucede, capitán?

—Nada, lo estoy aleccionando.

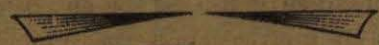
—Pues no está mala la lección, dijo el andaluz con las orejas ardiendo.

—Este Manolo se ha vuelto un perdulario, no hay más que despedirle.

—Hoy le envío al cuartel.

Manolo, que veía en esta separación su ruina, dijo con humildad:

—Mi capitán, á mí así me gusta, falta el soldado, y se le castiga, muy bien hecho, y debía usted haberme arrancado un miembro de la cara: esta es la verdad, los amigos me sedujeron, yo soy blandito, y vamos, que falté al toque de lista; conque ya todo pasó, y Manolo Balboa se queda en esta casa como la tortuga en su concha: pelillos á la mar, yo no me quejo que soy el sacudido; conque á ver, le pondré á usted el defensivo, y no hablaremos más.



V.

Folipe Cuevas entró lívido al aposento.

El capitán Martínez se incorporó y Santiago González miraba atónito á su compañero.

Después de un momento de silencio, Martínez se atrevió á preguntar lo que acontecía, mientras Manolo, pendiente de lo que pasaba, se había puesto á romper un lienzo para la curación del capitán.

—La noticia se confirma, dijo Cuevas; acaba de llegar otro oficial de los de Ortega, y dice que los franceses los han sorprendido.

—¿Y el general Zaragoza?

—Nada se sabe de él, porque el oficial no ha tocado el punto donde estaban las fuerzas, se ha venido extraviando caminos y con una velocidad increíble.

—Será alguno de esos alarmistas que corren á los primeros disparos y llegan á las ciudades contando derrotas y fábulas.

—No lo crep así, este muchacho no es cobarde.

—El caso es, dijo Martínez que se ha venido del campo debiendo haber muerto ó caído prisionero.

—Es la verdad; pero no todos tienen el mismo ánimo.

—Sería gracioso que hubieran derrotado á mi general Zaragoza.

—Sería terrible, amigos míos; pero nó, ¡voto al cuerno del diablo! lo que es á mi general no lo derrotan los gabachos; con esa noticia vendría la de su muerte, ¡jira de Dios!

—Dentro de algunas horas sabremos la realidad, porque el parte debe venir en camino.

—Malo, malo, dijo Martínez, estos rumores nunca salen falsos, son las primeras palabras sobre el campo de batalla.

El señor Aguilar entró violentamente en la cámara del enfermo y dijo á los jóvenes estudiantés:

—Amigos míos, la cosa no tiene remedio, aquí está el parte del general Zaragoza fechado frente á Orizaba.

Felipe Cuevas tomó el papel y lo leyó con voz conmovida.

Luego que terminó, todos quedaron en silencio, llenos de esa tristeza de desesperación que se apodera del alma cuando la suerte hiere á un hombre ó abre un surco donde se levantaba el edificio de las esperanzas.

Manolo se salió recatadamente de la habitación luego que se hubo enterado de cuanto pasaba, y se dirigió lleno de satisfacción al punto de su cita.